

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## EL FIN DE LOS AÑOS

- UN HOMENAJE DE TAMMERLANE AL GÉNERO MELOSO -

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando salió del baño y volvió al lugar de siempre.

Tomó asiento en aquella antigua silla de formas en madera y paño aterciopelado, y llevó su vista a través de la ventana hacia el paisaje de siempre.

Y allí estaba como siempre, la plazoleta de enfrente y sus casas cerniéndose a su alrededor. Todo parecía estar como siempre, pero “siempre” estaba en constante movimiento.

Ese juego de perseguir los detalles que iba dejando el pasado era uno de los mejores entretenimientos que la anciana de 74 años sabía darse. Quizás, ni siquiera era un entretenimiento, sino un reflejo analítico simple de cómo corre el tiempo.

Sin embargo, se acumulaba la nostalgia...

- Viejo. – lo llamó a su marido, a su izquierda, del otro lado de la hermosa mesa de pino. – Viejo... Ya estamos muy viejos, no?

“No sé”, respondió el hombre de 77 años, y volvió a su barrio de siempre. Luego, se acomodó los lentes de grandes marcos oscuros, se peinó el bigote como tic, y al igual que su mujer, se internó en el terreno de la nostalgia.

Como siempre, la calle, los autos, la gente. Todo estaba tan raro. No era el simple paso de los años, sino la veloz carrera de la tecnología.

“La tecnología de hoy nos está apurando hacia el fin de los años”, acostumbraba a decirse el viejo, en diálogos internos con su alma, allá, en el café de la otra cuadra.

Ella volteó. Pensó en un programa de televisión que darían por la noche, y en la cena de Fin de Año.

Fin de Año, la fiesta donde podía darse el lujo estar con todos: hijos, nietos, hermanos, sobrinos... Ya había vivido muchas felices fiestas de Fin de Año, últimamente quebradas por la angustia de la insistente vejez. El

misterioso “último año de su vida por venir” era un implacable enemigo para sus pensamientos.

Pero, como él decía “La Navidad y el Año Nuevo son las fiestas de la familia, y nada más importa!”

Lo miró.

Seguía atento a la calle, pensando en lo que casi siempre pensaba: “tanto trabajo para llegar a viejos y no tener ganas de nada”.

Lo miró y le entregó una sonrisa de la que jamás se dio por enterado. Lo amaba. Lo amaba. Lo amaba.

Había sido un largo trayecto recorrido, siempre juntos, con los hijos, los tropiezos, la fuerza, la madurez. Finalmente, eran un par de viejos que si bien no encajaban perfectamente, se acompañaban y se respetaban.

“Qué más quiero?”, se consoló el viejo. “Al fin y al cabo, tengo paz”. Eso mismo era lo que daba ganas de sentarse allí, tranquilo, y compartir sus últimos momentos con ella, admirando el paisaje de la vida.”

La miró con una sonrisa que ella jamás vio ni pudo imaginarse. Estaba distraída viendo aquellos dos hombres que ingresaban a la casa del vecino del otro lado de la plazoleta.

“...raro”, pensó ella.

- Los conocés a los que entraron en lo de Adolfo? – preguntó ella.

- No los vi. – respondió el viejo volviendo su vista al frente, escondiendo su sonrisa.

- Y si llamo a la policía... Me pareció un poco sospechoso.

- No llamés a nadie! – arremetió el viejo. – A ver si nos metés en un problema y después se arma chusmerío.

El quería estar en paz. Nada más que eso. El y ella, a través de la ventana y nada más. Pero ella tenía esas ganas de acción: después de todo, ella era una de esas “vecinas”.

Pero no estaba mal. Le gustaba hablar con la gente e intercambiar anécdotas de otra gente. Muchos de esos diálogos se daban en las almacenes (ahora los minimercados), o en alguna esquina, o desde la ventana de siempre.

Al rato se olvidó del detalle y se volvió a los muebles. Le encantaba darle un rodeo visual a sus muebles. Notó, como siempre, el paso del tiempo en paralelo a su vida.

- Cuánto nos quedará, viejo? – le preguntó a su marido.

- Eh? – dijo, volviendo en sí. Había una chica en la plaza, por cierto, muy bonita.

- Cuánto más...?

- Otra vez con lo mismo?! – se quejó el hombre. Odiaba que su mujer se detenga en el “Sector Muerte”. Que la muerte llegara cuando tenga que ser.

- Tenés razón... – entendió ella, antes que le vuelva a recitar sus pensamientos. – Si lo único que importa es “ahora”.

Pero no se conformó con eso. Y quiso más.

Y volvió a la calle, a los viejos árboles, a los autos modernos, las ropas modernas, el clima de la mano de la creciente contaminación.

“Qué Tammerlane le dejamos a nuestros hijos?”, se preguntó como siempre se había preguntado desde su primer hijo.

Para esquivar más angustias y miedos, tomó el camino del conformismo, diciéndose a sí misma, que en el sobrevivir está el desafío de vivir.

El viejo tosió una vez. Otra. Y finalmente se puso de pie, quejándose como siempre.

- Dónde dejé las pastillas? – preguntó echando una mirada al comedor.

- En la mesita. – le respondió ella.

Así que el hombre se encaminó, lentamente, como lo había echo los últimos 15 años, justamente después de jubilarse.

Allí estaba el hombre, bufando por lo bajo. Allí estaba ella, contenta de un nuevo día.

Ahí estaba la ventana. Ahora, con los dos hombres saliendo de la casa del vecino.

Sorpresivamente corrían. Extraordinariamente llevaban armas.

Espectacularmente, el vecino apareció con un arma.

Y los disparos.

Estaba por avisarle a su marido, cuando el balazo en la garganta la dejó quieta en su lugar.

Cuando el anciano escuchó los disparos, se encontraba abriendo el cajón de la mesita. Oyó un impacto cerca,... la silla de su esposa. Y la nada misma cuando otra bala perdida ingresó en su cabeza.

Paradójicamente el Fin de Año llegó de la mano del Fin de los Años, tan complementariamente escandaloso a la paz de una tarde mirando a través de la ventana, justamente hacia un barrio de Tammerlane.

FIN